

Cassandra Zoé Velasco

“El canto es un ritual”

por José Noé Mercado

La mezzosoprano mexicana de mayor proyección internacional en la actualidad, principalmente en Estados Unidos, es sin ninguna duda la joven Cassandra Zoé Velasco. A sus 27 años de edad, y luego de debutar en la sala principal del Carnegie Hall de Nueva York el pasado 13 de mayo como solista de la *Gran misa en Do menor* de Wolfgang Amadeus Mozart, su presencia en recintos de importancia va en ascenso.

Además de recibir para 2017, por tercer año consecutivo, invitación para cantar en el Metropolitan Opera House de Nueva York (como parte de los elencos de *Rusalka* de Antonín Dvořák e *Idomeneo* de Wolfgang Amadeus Mozart, de la misma forma en que ya ha colaborado en breves papeles o en labores de *cover* en ese teatro en producciones de *Madama Butterfly* de Giacomo Puccini, *Simon Boccanegra* de Giuseppe Verdi —al lado de Plácido Domingo— o *Iolanta* de Piotr Ilich Chaikovski, compartiendo créditos con Anna Netrebko y Valery Gergiev), Cassandra cuenta con la experiencia acumulada en Chicago, San Diego, Los Ángeles, Houston, entre otras sedes de relevancia, en las que ha podido abordar roles protagónicos esencialmente del repertorio belcantista y mozartiano, sin excluir incursiones en obras de concierto, contemporáneas y ópera mexicana, incluida una con mariachi.

Su crecimiento es innegable respecto de sus inicios vocales y profesionales en México, pero Cassandra sigue siendo una chica risueña, simpática y cordial, entusiasmada por conversar para los lectores de *Pro Ópera* en una reciente visita a nuestro país. Sus acciones han ganado seguridad, su trato demuestra una cálida confianza, su presencia delata que ha adquirido mundo. Su timidez natural se oculta siempre detrás de una sonrisa que la protege.

Has vivido una etapa de desarrollo en los últimos años, un periodo de transición que ha rendido frutos. Cuéntame cómo lo has experimentado.

Exactamente así: como una transición personal y artística muy grande. Ha sido producto de mucho trabajo, constancia, mucha disciplina y autocrítica.

¿Cómo adquiriste esa seguridad para tu carrera, cuál fue el camino para encontrar un agente y un maestro que fueran los adecuados para este punto de tu trayectoria?

Creo que fui muy afortunada porque en 2012, en el Concurso Voces Jóvenes del Bel Canto, que fue un certamen muy particular aquí en México, uno de los jurados era Ana de Archuleta, que ahora es mi agente. Y desde ese momento ella se interesó en mí y me dijo que quería trabajar conmigo. Yo era muy joven y no tenía idea de cómo se trabajaba con un agente; no tenía la más mínima idea de cómo se trabajaba en Estados Unidos ni en Europa, que justamente es a través de un agente.

Cuando me fui al Young Artist Program (YAP) de Los Ángeles se



“Dicen que el arte no es más que el reflejo de la vida y, si yo no tengo experiencias, me pregunto con qué voy a hacer arte”

Fotos: Ana Lourdes Herrera

me abrieron los ojos y pude darme cuenta de cómo funcionaban las casas en Estados Unidos y de cómo funcionaban los cantantes que son celebridades y personalidades dentro de la ópera. Por supuesto, también entendí lo difícil y complicado que es tener un agente: puedes pasar años y años en búsqueda de uno sin que nadie te tome, porque ellos buscan una marca personal, algo que sea distintivo de un cantante, una voz, ciertas características físicas, un repertorio que puedan abordar... hay de todo. Fue entonces cuando me decidí por Archuleta, que además fue la recomendación de Susan Young, la gran *coach* y maestra de canto que me apoyó mucho también en mis inicios.

¿Y cómo ha sido esa preparación anímica y mental no sólo para estar en teatros de importancia lírica, sino en general en ambientes más competitivos de los que habías experimentado hasta hace algunos años?

Por ejemplo, a Operalia de 2012 en Pekín, China, yo llegué como cualquier estudiante-cantante-semiprofesional mexicano, y lo primero que veo es que todos los jóvenes que participaban, de Chicago, de Nueva York, de Los Ángeles, del programa de Viena, de Asia, eran una clase de cantante con una gran fuerza mental y artística, ya un producto muy bien hecho, muchos de ellos ya con agentes.

Cada teatro busca algo distinto; al menos ésa es mi percepción. En el teatro de Chicago, por ejemplo, buscan gente que actúe, que sea más visceral. En el Metropolitan les gusta la gente entregada y que tenga ante todo disciplina y que sea lo más allegado a la perfección.

En México, yo tenía la sensación de qué éramos pocas mezzosopranos, pocas que cantaran mi repertorio, y entonces bien que mal la gente de los teatros te ubicaba y te invitaba a participar con ellos. En Estados Unidos, en cambio, tienes una competencia constante: hay mil mezzos con el mismo repertorio que yo, con las mismas cualidades o más altas que yo, preparadas con maestrías o doctorados, y una experiencia tremenda, además de contar con una agencia.

En Estados Unidos nadie te dice: “Muy bien”. Los maestros son muy secos. En México, por cultura, somos mucho más afectuosos y allá, quiero imaginarme que por la presión de lo que son los teatros de prestigio, ellos quieren buscar lo mejor. Entonces la manera de prepararlo es a través de críticas muy duras y constantes.

En México, con nuestra cultura, podrías llegar a sentirte agredido con tanta crítica como método.

Tienes una gran disciplina y eso lo percibí desde que te conozco, hace algunos años.

Yo diría que soy metódica. Siempre lo he sido, porque lo aprendí desde muy pequeña. Fui miembro de un coro de niños en la Escuela Nacional de Música y mi maestra, Patricia Morales, es una de las personas más disciplinadas que yo conozco.

La imagen que tengo del canto es un ritual no sólo para el cantante, sino también para la audiencia. Es algo liberador, emotivo, y lo mínimo que tenemos que hacer como artistas es ofrecerle a ese público un producto de calidad.

¿Cómo has planeado tu carrera a partir del despegue que has tenido fuera de nuestras fronteras? ¿De qué forma has adecuado tu repertorio?

En el caso de mi repertorio, no ha cambiado tanto. Sigo en el repertorio belcantista cien por ciento; rossiniano, mozartiano, belliniano. Me he adentrado también un poco en el barroco porque descubrí que mi voz se siente cómoda en ese repertorio.

En cuestiones de edad, ya tengo 27 años. Siempre he cantado el personaje de Cherubino y para mí es un punto de referencia. Me sigue quedando muy cómodo, pero ahora hay veces en que puedo cantar una función completa de Cherubino y me siento sobrada, siento que puedo cantar todavía más. Por eso ahora también estoy empezando a desarrollar un poco más los roles donizettianos: todavía coloratura pero con un poco más de peso. Es decir, un repertorio un tanto más dramático, pero sin perder la línea belcantista.

Muchas personas me han querido animar para hacer Carmen, pero me siento muy joven y ni siquiera por la parte vocal sino por la parte psicológica. Cuando lo aborde quiero estar plenamente lista. Entonces, creo que me estoy dejando guiar por personajes que puedo entender dentro de una obra con mi vida de hoy, con mis 27 años de edad, y cuando tenga la madurez necesaria para hacer una interpretación que exija experiencias más complejas de la vida, creo que lo haré.

En este momento, estoy muy enfocada en Estados Unidos. Las oportunidades han llegado incluso en el Met. En *Iolanta* fui un personaje secundario, en *Rusalka* seré una de las ninfas, un papel un poco más grande. Creo que sí me han ido dando oportunidades. Me dan tantito, checan mis resultados y me vuelven a dar oportunidad.

¿Qué tal la experiencia de trabajar con figuras simbólicas de la ópera a nivel mundial como Anna Netrebko, Plácido Domingo o James Levine?

Es una experiencia de *shock* porque soy tímida. Por ejemplo, ahora que estuve con el maestro Plácido Domingo en *Simon Boccanegra* fue una experiencia muy estimulante, porque en general soy de bajo perfil; me quedo en una orillita hasta que me doy cuenta cómo es la dinámica del grupo. Sólo entonces siento la libertad de poco a poco irme relacionando y desenvolviendo con todos, pero como yo ya conocía al maestro Plácido desde Operalia y el programa en Los Ángeles y bien que mal había más lazo con él, cuando llegó a los ensayos me saludó y me hizo sentir muy contenta porque me permitió pensar: “bueno, ya conozco a alguien, tengo ese vínculo”.

Además, estar en el Met siempre es una gran aventura porque ahí puedes ser *fan* de todos los que forman parte de la compañía. Recuerdo una vez, cuando apenas fui a recoger mis documentos el primer día, que me encontré a Dolora Zajick en el elevador. Todo mundo me preguntó por qué no le hablé. No lo hice porque no lo podía creer, me quedé pasmada porque ¡era Dolora Zajick! Lo mismo cuando llegó Anna Netrebko: verla en vivo, a todo color, desplegando su potencial al cien por ciento, y comprender por qué es una estrella, fue extraordinario. Porque vi su proceso de desarrollo en los ensayos, hasta llegar a la primera función, hasta el día en que terminaron sus participaciones, y te das cuenta de que es un monstruo vocal.

De todo ello he intentado aprender y enriquecerme porque dicen que el arte no es más que el reflejo de la vida y, si yo no tengo experiencias, me pregunto con qué voy a hacer arte.

¿Y cómo te relacionas con México en esta nueva etapa de tu carrera?

Mi conexión profesional con México es buena. Agradezco que la gente esté al pendiente de mi carrera y que me sigan a través de las redes sociales. Percibo que hay gente con muy buenos sentimientos y de repente me escriben, por ejemplo, muchos estudiantes. Eso me parece muy conmovedor porque en algún momento yo lo hice.

Sin ir muy lejos, la otra vez platicaba con Javier Camarena, recordando una ocasión en la que le escribí, cuando hice mi primera Rosina. Él estaba con Cecilia Bartoli por aquellos días, así

*“Sigo en el repertorio belcantista
cien por ciento;
rossiniano, mozartiano,
belliniano.
Me he adentrado también
un poco
en el barroco
porque descubrí
que mi voz se siente cómoda
en ese repertorio”*

que le mandé un video y le pregunté si él podía darme una opinión o consejo sobre qué podría mejorar. Javi fue muy amable y me hizo una serie de recomendaciones. Y ahora, cuando de repente me escriben otros estudiantes, siento ese compromiso de ayudarlos.

Es muy difícil convertirte en un cantante de ópera en México. Cuando comencé mi carrera nada fue fácil. Me iba a Mazatlán, Sinaloa, a tomar los cursos del maestro Enrique Patrón en el autobús; son 24 horas, iba sola, tenía 17 años, en la carretera iba completamente asustada porque, bueno, veía las noticias de lo que ocurre en el país. Era cansado física y emocionalmente.

También están, por ejemplo, las inversiones para los concursos. Es complicado. En el primer Morelli en que participé, yo solamente tenía un vestido y al avanzar a las siguientes rondas fueron mis primas las que me salvaron al arreglarme y prestarme vestidos. Gané el Premio Revelación Juvenil, pero cada que pasaba era una angustia para mí y mi familia porque pensaba: ¿ahora qué me voy a poner? Eso es una parte que nadie te cuenta de esta carrera, que requiere una inversión económica grande.

Yo tuve mucha fortuna cuando el Fonca me otorgó dos becas, que fueron las mejores inversiones de mi vida: pagué todas mis clases de canto con Carlos Serrano y pagué los siguientes vuelos justo para irme a perfeccionar. Si no hubiera tenido esos apoyos, mi destino hubiera sido quedarme en la escuela, donde sentía que no estaba obteniendo lo que esperaba. Porque salía a *master class* y sabía de un mundo que no veía en la escuela. En ese sentido, también es muy pesado ser estudiante.

¿Qué diremos de ti en un futuro próximo, en tres años digamos? ¿Qué viene para ti en lo concreto y en lo deseable?
Ni yo misma sé qué podría decirse. Después de mi debut en el Carnegie Hall, viene mi primera Dorabella, en Virginia. Luego voy a una gira en Hong Kong, Macao y Pekín, con una gala de ópera, ahora que está de moda Asia. También este año haré Rosina de *El barbero de Sevilla* de Rossini en San José.



“En Estados Unidos tienes una competencia constante: hay mil mezzos con el mismo repertorio que yo”

Estoy en negociaciones con la Orquesta Filarmónica de Jalisco para hacer una *Novena sinfonía* de Beethoven y para participar en su *Otello* de Verdi, pero aún depende de las fechas. Regreso al Metropolitan de Nueva York para *Rusalka* y me quedo también para *Idomeneo* de Mozart. Probablemente vendrán Rosinas en Glimmerglass y Washington y *West Side Story* en Glyndebourne.

A futuro, lo único que espero es cantar en espacios que me permitan seguir creciendo. Me interesan las producciones que me aporten más como artista y como persona. También quiero empezar a viajar a Europa. Se me antoja mucho cantar en París, en Viena... Y claro, también me gustaría regresar y cantar más en México, aunque a veces con tanto cambio de administración no me entero muy bien quién está al frente, pero desearía esa oportunidad de regresar.

Pero ojalá que sin jaula: recuerdo la última producción en la que participaste en Bellas Artes en 2012, *El barbero de Sevilla*, en la que tu Rosina era como un canario en cautiverio.

Y sin jaula, sí, por favor. [Ríe.] Creo que hasta el momento voy bien, estoy cantando con todo mi corazón y no hay de otra. Ése es el camino. ●